



Tiro directo

Mauricio Vargas

Crudo y negro

El viernes al amanecer, en el aeropuerto de Bagdad, misiles lanzados desde un dron militar de Estados Unidos acabaron con la vida del general iraní Qasem Soleimani, hombre clave de las operaciones internacionales de la Guardia Revolucionaria del régimen de los ayatolás. Washington lo culpaba de ataques terroristas en Irak y otros países, en contra de militares y civiles estadounidenses. El martes, jóvenes iraquíes chiitas alentados por la red de apoyo de Soleimani en Irak habían cercado y atacado la embajada de EE. UU. en Bagdad, y eso decidió a Donald Trump a ordenar el ataque contra el poderoso general iraní que, al morir, acababa de aterrizar en el aeropuerto de la capital iraquí.

Aunque parezca un asunto lejano -y enredado, pues no es fácil entender las luchas entre las facciones islamistas en el Medio Oriente y el papel de EE. UU.-, la noticia ya tuvo efecto en Colombia: el precio del petróleo Brent, de referencia para nuestro crudo de exportación, que se venía moviendo alrededor de los 60 dólares por barril, se disparó en cuestión de horas hasta rozar los 70 dólares, ante los temores del mercado a una desestabilización general de la región que más petróleo produce en el mundo.

Los expertos calculan que, por cada dólar de exportación petrolera, Colombia recibe más de 400.000 millones de pesos al año. Un alza de unos pocos dólares dispara las utilidades de Ecopetrol, las regalías y el conjunto de la actividad económica en un país cuyas exportaciones dependen entre un 55 y un 60 % del sector liderado por el crudo y sus derivados. Por eso, en el Ministerio de Hacienda la noticia de las tensiones en Irak, Irán y el resto de esa zona debe haber sido recibida con interés, incluso con optimismo.

A mí, en cambio, me preocupa. No el alza coyuntural, que sin duda mejora las perspectivas para el erario, sino lo estructural: que el país siga siendo tan dependiente de sus exportaciones de crudo. Cuando el petróleo se cotizaba por encima de 100 dólares el barril, el país creció y las condiciones económicas y sociales mejoraron, tanto que fue posible bajar varios puntos la tasa de pobreza. Pero, así mismo, el frenazo económico de los últimos años tuvo que ver con la caída de los precios del llamado oro negro.

Aunque hubo esfuerzos importantes y algunos resultados puntuales, en los años de bonanza petrolera Colombia no consiguió aprovechar esos recursos para impulsar en grande otros sectores exportadores y, de ese modo, diversificar sus ventas al exterior y reducir la dependencia del crudo. Por ejemplo, si los enormes recursos fiscales que llegaron cuando el petróleo rondaba los 110 dólares hubiesen financiado el desarrollo de la agroindustria en la altillanura, en el oriente del país, y el Congreso hubiese aprobado algunas reformas legales para atraer significativas inversiones en el campo, Colombia habría podido morder una tajada del gigantesco mercado mundial de maíz, soya y otros cereales y granos.

En 2017, Argentina exportó 37.000 millones de dólares en soya y otros granos y derivados como harina, aceite y biodiésel. Algo similar ocurre en Brasil. Colombia sigue por fuera de esos negocios, y de otros en materia de manufacturas y tecnología, y aquí estamos condenados a festejar con cohetes el alza del petróleo y a llorar a mares su caída. El presidente Iván Duque debería encabezar un gran pacto nacional, con gremios y sindicatos, para diversificar la canasta exportadora, y aprovechar el buen momento de los precios para financiar esos planes. De lo contrario, esa dependencia mantendría la economía colombiana en estado crudo. Y si vuelven a caer los precios o, incluso, si la justificada ofensiva mundial contra los combustibles fósiles llega a tener éxito, entonces tarde que temprano el panorama se vería negro.

“

Colombia no aprovechó la plata de la bonanza petrolera para diversificar sus exportaciones.